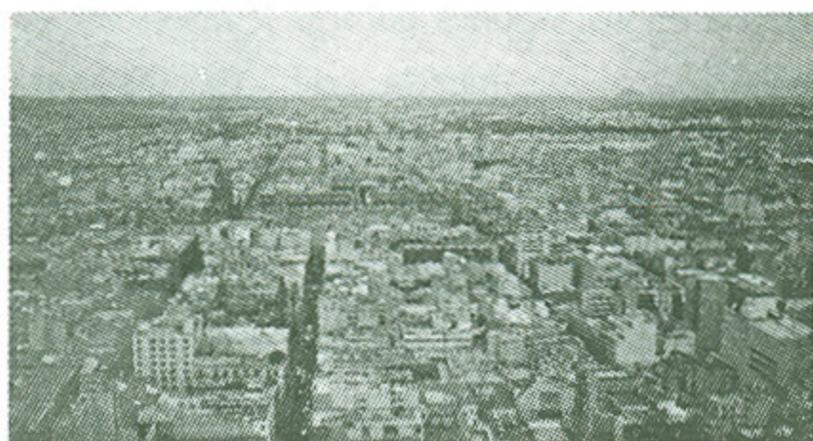


# La Ciudad y mi Ciudad de México

arquitecto Ramón González\*



**C**omo he aprendido las cosas en la vida... nada está desligado del total de factores que suman nuestras experiencias, los aspectos emocionales están entrelazados con la salud, la emoción de los nuevos amigos, la relación familiar, etcétera, dentro de este contexto es fácil para mí recordar que cada parte de nuestras vidas fue un cúmulo de emociones y experiencias que paulatinamente nos fueron formando.

Estas etapas dieron importancia a cada acontecimiento en particular, la niñez y la estrecha relación con la familia, con un mundo mágico lleno de hechizos y escalas diferentes de los objetos; la adolescencia y el descubrimiento de un mundo enorme lleno de cosas y situaciones por explicarse.

El recuerdo del olor especial de las aulas a las siete de la mañana en el colegio de San Ildefonso, cuando teníamos como reto aprender todo lo posible de la cultura oficial, donde los libros de texto deberían ser tan sólo la base de todo aquello que teníamos por descubrir y que seguramente nos aclararía las enormes dudas que a los 16 años ya nos planteábamos: ¿quiénes somos?, ¿qué estamos haciendo aquí?, ¿hacia dónde vamos?, ¿qué debemos hacer?

Al finalizar los años sesenta, el universo se abría a un sinfín de posibilidades, la generación *beat*, la psicodelia y los movimientos estudiantiles le daban un contenido político y de contracultura a cada síntoma de la juventud; el cabello largo no era moda sino bandera y señal de compromiso.

Es claro que la lectura de Carlos Fuentes, Octavio Paz, Homero Aridjiz, José Agustín, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, James Joyce, William Blake, Guevara, Hebert Marcuse, Mao, abría nuevas posibilidades de entendimiento del entorno, había que saber y entender más y mejor que nuestros propios profesores, saber era un reto de inteligencia, de crecimiento, de estar joven y de estar vivo.

Se mezclaban las diferentes teorías con la música de los Rolling stones, kinks, Atahualpa y la presencia de Debussy, saber y comprender eran partes tejidas a los días para sentirnos libres; en ese contexto, la enseñanza universitaria sólo era un escalón de exigencia superior que además brindaba la posibilidad de tantas facultades, escuelas y cursos gratuitos.

Sin el entusiasmo por saber, qué otro motor pudieran tener los días de ser joven y crecer y maravillarse.

Teníamos todo, menos la flojera por el conocimiento. Para algunos el ser universitario era la apuesta a ser adulto y productivo, la estabilidad económica y todo lo que ella arrastraba.

Hubo generaciones enteras que creyeron al pie de la letra el esquema del sueño americano, se prepararon con disciplina y entusiasmo para triunfar en la vida, los yupies en el contexto de la sociedad mexicana habitaron en las preparatorias y universidades privadas y algunos se filtraron a las instituciones públicas también, así la

mezcla de pretensiones económicas a futuro y la necesidad de conocimiento daban una intencionalidad política o ideológica al cotidiano hacer en las aulas.

Había que pensar siempre en un proyecto mínimo de país que permitiera el desarrollo de nuestra concepción individual del futuro y la manera como esperábamos que fuera el entorno que nos rodeara.

En el tiempo real los programas y estrategias académicas del Estado y de las instituciones privadas opinaban igual, se elaboraron desde los años sesenta y hasta el fin de siglo más modificaciones curriculares, planes y escuelas nuevas, universidades con diferentes orientaciones de futuro, que nunca antes en la historia.

El crecimiento poblacional extraordinario llevó a una enorme población a las universidades, que compitieron y abrieron lo más posible sus puertas; en una política educativa cada vez más popular, se bajaron los promedios mínimos de ingreso, se redujo el tiempo de permanencia y la cantidad de créditos, en algunas hasta se desapareció la tesis y el examen profesional y se dijo que eso era un logro de la nueva educación.



Sin embargo, lo que más cambio fue la calidad cultural y la necesidad de entender el entorno físico y social de la población estudiantil, los economistas y los sociólogos los justificaron y culparon a las crisis económicas y como siempre al mal gobierno, de su falta de interés por vivir y aprender.

Como si la circunstancia individual del pensamiento siempre se sobredeterminara y nosotros no fuéramos al final responsables de nada, sino simplemente sujetos pasivos al entorno.

A los nacidos e insertados al mundo educativo después de los años ochenta se les llamó generación del desencanto, del vacío, de la frustración, generación X los llamó la Pepsi Cola en sus comerciales. Fue algo que ocurrió, que los privó de la necesidad del conocimiento como instrumento complementario del ánimo y el entusiasmo por ser jóvenes y vivir.

No me refiero a esos jóvenes de escasos recursos que nunca terminan la primaria y que desde niños tienen que trabajar -a muchos de ellos los he visto como peones en la obra, trabajando de sol a sol- me refiero a jóvenes universitarios, cuyos padres los mantienen y les permiten una educación privilegiada a la que sólo tienen acceso dos de cada 100 mexicanos.

Sin el entusiasmo por el conocimiento, ser joven es sólo una condición temporal del cuerpo, habitado por un enorme cerebro inútil, ya derrotado y sin preguntas, ¿cómo se puede vivir sin la necesidad de la cultura?

Si no hay entusiasmo por el conocimiento, por entender y comprender el mundo y las cosas que pasan en él, difícilmente habrá entusiasmo por vivir y por ser alguien del tamaño de nuestros sueños.

Para el estudiante actual, de una extracción social clasemediera o media baja, con condiciones de desa-

rollo tales que si no se prepara más allá de lo que suponen los planes académicos -que siempre piden el mínimo de conocimientos- terminará sus días en un escritorio gris de alguna dependencia de gobierno con un reducido sueldo del tamaño de sus ambiciones y de sus conocimientos, es decir del tamaño de sus sueños.

El entusiasmo por maravillarse y adentrarse en la literatura y en la poesía ha quedado paulatina e inexorablemente en el olvido; la pintura, la escultura, el buen cine, la música que intenta decir algo más que

un estribillo elemental y repetitivo, va quedando para minorías cada vez más elitistas y ajenas.

La relación entre la calidad y la cantidad de apropiación de elementos de la cultura en todas sus formas, pero para los universitarios de manera especial de la cultura elaborada, construye un andamiaje de comprensión y percepción de la realidad que, con una visión crítica y saludable del porvenir, ofrece alternativas de desarrollo a nivel individual y social mucho mejores y aplicables a todos los hechos y acontecimientos de la vida diaria, profesional y familiar.

Al final de las cosas habría que decir que deberíamos ser menos tolerantes a la abulia mental que padecen muchos de los universitarios y pedir a la institución y a la sociedad en su conjunto una formación cultural más sólida y no tolerar ni justificar más la pereza del acercamiento a la cultura, ya sea por las condiciones económicas o por las modas impuestas en el comportamiento relajado de los medios masivos, que ven en los jóvenes únicamente a una serie de consumidores pasivos de cualquier cosa que el mercado dicte.

\*Departamento de Síntesis Creativa

